

Hojitas de Fe

La fe viene por el oído

446

2. Santos Evangelios

Explicación del Evangelio de la tentación de Jesús en el desierto

El primer domingo de Cuaresma la Iglesia inicia solemnemente el combate a que nos invita durante los cuarenta días que nos separan de –y nos preparan a– la fiesta de Pascua. Quiere la Iglesia que durante este tiempo nos asociemos a los cuarenta días de oración y ayuno que hizo el Salvador.

¿Por qué? Ante todo, porque el Salvador los hizo en nombre nuestro. Y además, porque ese ayuno, oración y combate a que se entrega Nuestro Señor, forman parte de nuestra vida cristiana. La Iglesia quiere, pues, que al menos durante los cuarenta días de la Cuaresma, nos apliquemos con más seriedad, método y trabajo, a ese esfuerzo espiritual. De ahí el tiempo de la Cuaresma.

Para animarnos, la Iglesia nos propone, como ejemplo y modelo del esfuerzo que nos reclama, al mismo Salvador, Nuestro Señor Jesucristo. De ahí que seleccione el Evangelio de la triple tentación de Jesús en el desierto.

En este episodio del ayuno de Jesús en el desierto, podemos ver como tres rasgos distintivos: • el primero, la persona de *Nuestro Señor* entablando un combate; • el segundo, la figura del *tentador*, dispuesto a desafiar al Señor; • y el tercero, la *táctica* que el Salvador adopta para desbaratar las insinuaciones y propuestas del demonio.

1º La persona de Nuestro Señor.

El primer rasgo distintivo, decimos, es la persona de Nuestro Señor, que en ese ayuno y oración entabla un combate. Podría decirse que en este episodio Nuestro Señor se establece como el sumo Capitán de los buenos. De hecho, en esta escena del Evangelio vemos a Nuestro Señor enfrentado al demonio. Es el momento solemne en que se enfrentan los dos capitanes de los dos ejércitos que se han opuesto a lo largo de toda la historia.

Pues bien, Nuestro Señor, como el Capitán de los buenos, se retira ahora al desierto, a la soledad, para entregarse al ayuno y a la oración. ¿Para qué? Para recabar de su Padre eterno las gracias necesarias para armar la estrategia del combate que debe llevar primeramente El, y después de El toda la Iglesia, contra el demonio, el mundo y la carne, en orden a salvar las almas.

Por eso, Nuestro Señor, durante esos cuarenta días en el desierto, nos tiene a todos perfectamente presentes, porque somos su ejército, sus soldados, sus combatientes. Allí empieza a disponer los tiempos, lugares y familias en que nos tocaría nacer, las luchas que deberíamos sostener, las tentaciones, enfermedades y adversidades con que deberíamos ejercitarnos en la vida cristiana. El pasa revista a todo eso, y nos asigna nuestro rango, nuestra misión, y todas las gracias, ayudas y fortalezas que nos harán falta para llevar a cabo este combate.

El Señor se comporta aquí como el capitán de que habla San Ignacio en su meditación del llamamiento del Rey Eterno. El llama a todos los hombres, y les dice: «Mi voluntad es conquistar todos los pueblos, y ganarlos para mi Padre celestial. Por lo tanto, el que quiera seguirme, el que quiera venir conmigo en este combate, ha de resignarse a comer y beber como Yo, a vestir como Yo, a velar, sufrir y pelear como Yo. La victoria es mía, y por eso os prometo que todos los que hayan tenido parte en la lucha, también tendrán parte en la victoria».

El Señor nos llama, pues, a todos, y nos llama, no a una penitencia que El no haya hecho, sino a una penitencia que El asumió el primero, como diciéndonos: «Os tocará sufrir, pero acordaos de que Yo he sufrido el primero, y que vuestros sufrimientos son únicamente una parte de la cruz que me tocó llevar a mí como Cabeza, como Capitán vuestro». Sí, mucha fuerza nos ha de inspirar el sabernos unidos a Nuestro Señor en esos combates.

2º El demonio tentador.

El segundo rasgo distintivo de este episodio es la presencia del demonio al fin de este ayuno, cuando el Señor sintió ya el hambre. Pues bien, ¿qué va a hacer el demonio? Va a tentar a Nuestro Señor con las tres clases de bienes que suelen seducir nuestro corazón. De este modo nosotros podremos saber cuáles son las intenciones que trae el demonio, y las trampas de que se vale para tentarnos.

Santo Tomás explica que todos los bienes que podemos desear se reducen a tres grandes categorías:

1º Ante todo, deseamos los bienes deleitables. Dios ha puesto en nosotros, incluso en nuestra parte sensible, una tendencia a la felicidad. Nuestra vista busca ver cosas bonitas, nuestro oído escuchar melodías agradables, nuestro gusto probar cosas sabrosas. ¿Pero qué pasa? Que el pecado original desordenó terriblemente esa tendencia al bien deleitable. Y el demonio nos tienta por donde sabe que tenemos un apetito de bienes sensibles.

2º Luego deseamos los bienes útiles, que, sin ser deseables en sí mismos, nos hacen falta para cubrir nuestras diferentes necesidades: comida, vestido, casa, vehículo, dinero. Pues bien, el pecado desordenó también esa tendencia, y la convirtió en concupiscencia de los ojos. Y el demonio sabe aprovecharse, para seducirnos, de nuestro afán de riquezas, de nuestra tendencia a poner el corazón en amontonar bienes.

3º Deseamos, finalmente, los bienes honestos, propios ya del alma: la fama, la excelencia, la amistad, la virtud. ¡Vaya si Dios no nos ha hecho desear excelencias! Dios

ha querido grande a su creatura espiritual, tanto ángel como hombre, y le ha mandado aspirar a la dignidad de hijos de Dios, de reyes y sacerdotes en su Reino. Pero hasta esta tendencia, ya más espiritual, quedó desordenada en nosotros, y transformada en ambición, en deseo de poder, en deseo desordenado de fama y de aplauso. Y el demonio, que sucumbió por haber deseado una excelencia desordenada, nos insinúa lo mismo a nosotros, y manipula nuestra sed de grandezas.

Esa es la triple tentación que el demonio pone ante los ojos de Nuestro Señor, para ver si es un hombre como los demás, o si está en presencia del Hijo de Dios que debía derrotarlo, y que le había sido anunciado ya dos veces, una en el cielo, otra en el paraíso. «*Si eres el Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en panes*». «*Si eres el Hijo de Dios, échate de aquí abajo, pues Dios mandará a sus ángeles para que no tropiece tu pie en piedra alguna*». «*Todo esto te daré, si pos-trándote ante mí, me adoras*». El demonio, pues, intenta seducir a Nuestro Señor por donde intentará seducirnos a nosotros, manipulando, no tanto los bienes, que son buenos en sí mismos, sino la apetencia desordenada que nosotros sentimos de esos bienes.

3º Táctica de Nuestro Señor contra el demonio.

¿Qué hace entonces Nuestro Señor? ¿Cuál es su reacción ante las propuestas del demonio, y que viene a ser el tercer rasgo de este episodio? Pues bien, reacciona con remedios totalmente opuestos.

1º A la concupiscencia de la carne, Nuestro Señor, responde con el ayuno. Por ayuno se entiende aquí toda obra de mortificación, todo lo que nos puede costar, todo lo que nos causa pena, sacrificio o esfuerzo. Con el ayuno controlamos, pues, ese afán desenfrenado de placeres, imponiéndonos cosas desagradables, según nos las reclame Dios a través especialmente del deber de estado, y según nos lo irá recordando constantemente la Iglesia.

2º A la concupiscencia de los ojos, Nuestro Señor, y la Iglesia, contraponen la limosna. Por limosna entendemos, no sólo el dar dinero, sino toda obra de misericordia. Las obras de misericordia nos hacen salir de nuestro egoísmo para pensar en los demás, darles algo a los demás. Y con eso controlamos la concupiscencia de los ojos, refrenando el afán de acumular. Si tenemos de más, lo damos a quienes no tienen.

3º Y a la concupiscencia del espíritu, Nuestro Señor contrapone la oración. Con la oración nos rebajamos delante de Dios, reconocemos que El es la fuente de todo bien, que nosotros no somos nada delante de El, y que en todo dependemos de El. Y, al colocarnos así en nuestro lugar, refrenamos esa ambición desenfrenada que sentimos tantas veces.

Esos tres remedios –ayuno, limosna, oración–, que la Iglesia nos recordará durante toda la Cuaresma, encuentran una eminencia en la vida religiosa, que lleva: • *el ayuno*, hasta el **voto de castidad**, frenando la concupiscencia de la carne por la renuncia a todo placer de la carne, aun legítimo; • *la limosna*, hasta el **voto de pobreza**, haciendo renunciar totalmente a los bienes de la tierra, por la

búsqueda exclusiva de los del cielo; • y *la oración*, hasta el **voto de obediencia**, por el que la religiosa se somete en todo a Dios, viéndolo en los Superiores, en la Regla, en las enfermedades, en las tentaciones, en las adversidades.

Pero Nuestro Señor no se limita a inculcarnos estos tres remedios, sino que, al mismo tiempo, nos enseña cómo hemos de combatir contra las tentaciones y sugerencias del demonio.

*1º Ante todo, Nuestro Señor nos enseña que hemos de **combatir con energía**, cortando en seco con la tentación. Cortar en seco no quiere decir con nervios, ni apretando dientes: hemos de aprender a hacerlo con calma. Nuestro Señor sabe contestar al demonio con serenidad, pero también con majestad, apartando enérgicamente sus propuestas.*

*2º Luego, Nuestro Señor nos enseña a vencer al tentador **acudiendo a la ley de su Padre**, consignada en la Sagrada Escritura. ¿Cómo haremos nosotros para vencer la tentación? Acordándonos de la ley de Dios, refugiándonos en la ley de Dios: «Eso lo prohíbe Dios». Esta referencia a la ley de Dios es la que nos brindará la fortaleza necesaria para no claudicar ante la tentación.*

*3º Finalmente, vemos cómo Nuestro Señor **se apoya en la oración**. También nosotros, después de tomar como referencia la ley de Dios, hemos de aprender a apoyarnos en la oración para vencer al enemigo.*

Conclusión.

De este episodio de la tentación de Cristo en el desierto, que da el tono a toda la Cuaresma, hemos de sacar fervorosos deseos de acompañar a Nuestro Señor. El es la Cabeza, que lucha, no porque tenga necesidad de luchar –somos nosotros los que hemos de combatir para conseguir la salvación de nuestras almas–, sino porque en ese combate nos hacía falta un Capitán, sin el cual andaríamos totalmente desorientados y vencidos de antemano. Y puesto que Nuestro Señor tiene con nosotros la bondad de aceptar ser nuestro Capitán, de darnos ejemplo, de mostrarnos por dónde nos atacará el demonio, y qué hemos de oponerle a esas tentaciones, tengamos nosotros la lealtad, durante la Cuaresma, de asumir la parte que nos corresponde en ese combate, en el cual se juega nuestra salvación eterna.

Pidámosle, pues, al Señor que nos ayude a entrar en sus sentimientos y disposiciones. Veamos también qué puntos concretos podemos fijar en nuestro trabajo espiritual. Démonos un poco más a la oración y al cumplimiento fiel del deber de estado, porque eso es lo más habitual en nuestro esfuerzo espiritual de todos los días. En la Cuaresma nos dedicamos a un entrenamiento más intenso de lo que después deberemos practicar todos los días; y de todos los días es el deber de estado, la oración, el rechazo de las influencias malsanas del mundo. Y animémonos con la promesa de tener parte un día en la recompensa prometida, que es la vida eterna, esa vida que tendrán todos aquellos que han sabido ser ahora soldados fieles de Nuestro Señor Jesucristo.